

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, ANDRÉS PASTRANA ARANGO, EN LA CEREMONIA DE IMPOSICIÓN DE LA ORDEN DE SAN CARLOS AL PROFESOR JOSEF THESING, DIRECTOR DEL INSTITUTO DE SOLIDARIDAD INTERNACIONAL DE LA FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER

Bogotá D.C., 21 de enero de 2002

Cuando el barón Alexander von Humboldt, ese gran científico berlinés a quien debemos el “segundo descubrimiento de América”, arribó a Bogotá en 1801 fue objeto de un recibimiento triunfal, que dejó plasmado en la siguiente descripción:

“Nuestra llegada a Santafé se asemejó a una marcha triunfal. El Arzobispo nos había enviado su coche, con el cual vinieron los notables de la ciudad. Se nos dio un almuerzo a 2 millas de ésta, y entramos con un acompañamiento de más de 60 personas a caballo. Como se sabía que veníamos a hacer visita a Mutis, quien es en la ciudad sujeto de gran consideración, (...) se buscó dar cierto brillo a nuestra llegada y honrar en nosotros a este hombre”.

Han pasado un poco más de dos siglos desde aquel momento, pero hoy siento, cuanto tengo la alegría de dar la bienvenida a un querido amigo de la patria de Sigfrido y los Nibelungos; de

Beethoven y de Bach; de Goethe, de Kant y de Einstein, que de alguna manera revivimos esa antigua tradición de hospitalidad bogotana de que disfrutó el sabio Humboldt.

Es con ese mismo espíritu festivo de amistad que hoy nos hemos reunido aquí, en la Casa de Nariño, para -desde la riqueza de los símbolos que ella contiene y que desde ella luchamos por convertir en realidad- cumplir un acto debido a la democracia con la serenidad que ella reclama.

He tomado la decisión de imponer al Profesor Josef Thesing la Orden de San Carlos en el Grado de Gran Cruz, para expresarle el reconocimiento del Estado colombiano y el agradecimiento de tanta gente honesta que está de acuerdo en honrarlo entregándole un símbolo de la Colombia que tanto ama.

Muchos recuerdan al joven Thesing que llegó a Colombia en la década de los setentas, cuando gobernaba mi padre. Aquí, con nosotros, están algunos de quienes desde ese entonces predicaban, como lo hacía Misael Pastrana, las ideas del Estado Social, de la economía social, del modelo social de desarrollo, de la importancia de los valores, de la política basada en

principios, del sentido cristiano de la vida, de la paz en libertad y de la libertad en paz.

Fue una época feliz de formación, de seleccionar compromisos, de ajustar testimonios pero, sobre todo, fue una época en la que nos quedó claro que, si bien se debe negociar, es preciso saber que “no todo es negociable”.

Quien mire la tarea de este Gobierno, y lo haga con sincera actitud y con disposición de justipreciar lo realizado, va a encontrar que con este Gobierno algo termina pero que, también, con este Gobierno algo comienza.

La generación de los años sesentas descubrió que frente al fanatismo de la revolución y de la muerte era preciso, si se quería sobrevivir, crear una sociedad capaz de situar a la persona humana como centro de la política, de la economía, de la cultura; esa sociedad debería construir el cauce de la justicia social, de la cooperación, de la conciencia de que las naciones no son islas sino que todos debemos contribuir a la felicidad y al progreso de las gentes y de los pueblos.

La confrontación con los “marxismos” de entonces fue evidente y vencimos el día en que cayó el muro de Berlín porque nuestras convicciones tenían raíces, porque no anduvimos buscando verdades que nos sirvieran porque sabíamos de antemano que ya teníamos, en la democracia, una verdad a la cual servir.

En la construcción de esas vivencias nos hemos encontrado como amigos -ustedes y yo– con Josef Thesing, trabajando él en la tarea de apóstol con “la expedición Andina” en lo ecológico, con Cenco en el Café, con la fundación Simón Bolívar en la formación ciudadana, con el Instituto de Estudios Sociales Juan Pablo II, con la promoción sindical, con la escuela de administración cooperativa, con Acopi y Cinset en el mundo empresarial, con el programa promotor del Estado Social de Derecho que trabajó con la naciente Corte Constitucional, con la asesoría en el desarrollo de las facultades de comunicación, con un programa de becas que ha dejado más de 200 colombianos en los ámbitos de la excelencia.

Todo esto nos ha servido para enfrentar las dificultades –es cierto– y los desafíos de una generación que tuvo la exigencia de recuperarle el rostro humano a los imperativos sociales.

Pero también nos ha correspondido no sólo cerrar el ayer, intentando no desfallecer en la difícil tarea de “purificar la memoria” para acertar en la construcción de nuestro destino común, sino tener la conciencia clara de que nadie puede “escurrir el bulto” ni voltear la espalda. Sabemos que, si no luchamos juntos, corremos el riesgo de ser colgados por separado. Cerramos el ayer y abrimos el mañana con la convicción de que sólo en paz es posible el desarrollo, sólo en paz es posible amar, sólo en paz es posible el optimismo.

Por eso convertir la paz en una política de Estado era acercar dos cosas irreconciliables hasta el momento: a saber, “la razón de Estado” y “la razón de humanidad”, que se confunden con las exigencias de la paz. Con la paz ganamos todos. Las muertes son inútiles. Nunca la violencia nos hizo más humanos.

Me interesa la paz porque ya es justo que vivamos en paz. Me interesa la paz porque la sociedad que nace debe tener la alegría de construir “un sueño”. Cuando no se tiene paz todo son pesadillas. Mis hijos y los suyos, los nietos, la gente que hoy nace, tienen derecho a la paz y tienen derecho a soñar el

mundo que van construir. “La paz hace posible que nuestros sueños tengan un porvenir”.

En esa tarea estamos. Konrad Adenauer afirmaba que la paz debe venir desde dentro y esa es la tarea que comienza. Nadie fracasa si se dedica a la paz. Todo eso que llaman popularidad se debe invertir en la paz y yo lo he hecho y lo haré porque no quiero seguir viendo a los colombianos como “hermanos enemigos”, desilusionados de las instituciones, desconfiando los unos de los otros, sin esperanza y asustados frente al futuro, desencantados, desasosegados, sin ninguna certeza diferente de aquella de la muerte.

Por ello me he tomado el trabajo de sembrar –con la ayuda de ustedes, con la cooperación internacional, con la ayuda de amigos como Josef Thesing y de instituciones como la Fundación Konrad Adenauer- el campo donde Colombia reviva y crezca en alegría.

Hay dos verdades: aquella de la siembra y aquella de la cosecha. Yo elegí la primera para que las generaciones por venir encuentren en Colombia la alegría de vivir.

Apreciado Josef, apreciados amigos:

Esta expresión de agradecimiento y de reconocimiento que hoy tengo el placer y el honor de entregarle, por haber dedicado a Colombia y a los colombianos tantas horas de sus días, ratifica la certeza de continuar trabajando juntos en el surco. Tenemos hermanos en todo el mundo y este amigo, Josef Thesing, es una demostración evidente.

El puente que cruza el porvenir es el de la paz. La paz es el derecho fundamental que hace posible que los demás derechos existan. A construir ese puente me he dedicado y todos los días hacia delante tendremos que avanzar con mayor decisión.

A esa tarea los invito. En esa tarea todos tenemos que darlo todo. Nuestra misión es hacer que Colombia y los colombianos vivan. Para ello los convoco hoy de nuevo a ratificar conmigo, esta noche, y en presencia de nuestro querido amigo, nuestro compromiso con la paz.

Muchas gracias.